

Se apaga la luz

Hoy es veintitrés de septiembre de dos mil doce, son las seis de la mañana y me encuentro en la habitación de mis padres sentada en una silla mientras mi padre descansa en su cama. Mi madre duerme en la habitación de al lado con mi hermana María. Hace varios meses que mi padre no se vale por sí mismo y lo cuidamos entre nosotras tres las veinticuatro horas del día. Ha llegado un punto en que está tan mal que a las noches rotamos entre las tres para dormir una mientras las otras dos cuidan de mi padre. Cada tres o cuatro horas cambiamos y así en nueve horas más o menos que son las que no hay luz podemos dormir algo cada una. Así ha sido durante un tiempo hasta hace dos días. Mi padre había dejado ya entonces de hablar, de comer, de moverse... ya sólo puede estar en la cama. La noche entera de hoy la pasamos mi cuñado y yo con mi padre para que mi hermana y mi madre descansen.

He de decir que para poder cuidar de mi padre yo tuve que dejar de lado la empresa que abrí hace tres años. Llegó un punto en que había que estar más horas con él y alguien de la familia debía hacer un esfuerzo mayor. Pensé que de todos los miembros de la familia la que

menos obligaciones tenía era yo y como Diego, mi marido, trabajaba ya suficientes horas, para no reducir ingresos, yo podía trabajar en un bar de noche (que, además, siempre me había gustado) y, por el día, cuidar de mi padre. Diego siempre ha sido muy dictatorial y tajante; lo conozco desde el instituto. Era el típico chico que siempre se salía con la suya, que no paraba hasta conseguir lo que quería. Quizá eso fue lo que me llamó la atención de él; su perseverancia. Yo siempre he tenido carácter pero lo cierto es que a la mínima se me convence para hacer las cosas; me da reparo decir que no; no quiero hacer daño a la otra persona. Por eso, cuando dijo que no quería dejarme trabajar en hostelería bajo ningún concepto, no me opuse. Su justificación para tal pensamiento era, por una parte, que una persona con una carrera no podía acabar trabajando en un bar y, por otra, que era el lugar y las circunstancias perfectas para que cualquier otro chico se fijara en mí y argumentaba que él nunca aguantaría eso; que se moriría de celos. Así que optó por hacer él eso mismo que a mí no me dejaba; trabajar de noche.

Son las seis de la mañana y en principio él salía de trabajar a las cuatro y media pero aún no ha venido ni da señales. Mi padre no está bien, de hecho creemos que de esta noche no va a pasar; necesito a Diego a mi lado para estos momentos así que le he mandado un mensaje hace veinte minutos pero no contesta.

Diego aparece por fin a las 8 de la mañana después de haberse ido a desayunar con los compañeros de trabajo y se va a la cama directamente ya que ha tenido, según él, una noche agotadora. Estamos casi toda la familia ya en casa porque sabemos que hoy es el día final. Además, todo apunta a que así va a ser; es el día perfecto para ello según las preferencias de mi padre; domingo. Día festivo (así nadie deja de trabajar por verlo), día de reunión familiar (con toda la familia junta, como a él le gusta).

Son las doce del mediodía, mi padre está muy mal y aunque le suministremos la medicación que venía tomando últimamente no mejora. Estos últimos días había comenzado a tener un hipo muy persistente que le hacía de quedarse sin respiración hasta el punto de que había que pegarle fuertemente en el pecho para que le entrase el aire. Para evitar que tuviera ese hipo se le administraba una dosis de medicación vía intravenosa pero ya no le hace efecto y cada vez respira peor. Nos habíamos vuelto expertas enfermeras ya casi y le cambiábamos nosotras mismas el suero, la medicación, etc. pero sabíamos que esta vez se nos escapaba de las manos así que hemos decidido llamar al médico.

Al poco tiempo de llegar el médico comenzamos a ver cómo se empieza a poner morado y frío, sabemos que ahora sí es ya el final así que llamamos por teléfono al marido de mi hermana mayor que era el único que aún no había llegado pero estaba de camino a casa y yo voy a despertar a Diego.

Dos del mediodía. En el cuarto de mis padres estamos mi madre, los cuatro hermanos, la enfermera y la médica observando cómo poco a poco mi padre se apaga. Acaban de ponerle por segunda vez morfina. Nunca antes la había necesitado y ahora, ese cuerpo de hombre del norte, que se había quedado en la mitad a causa de la enfermedad, recibe la segunda dosis en media hora. Mientras su cuerpo se va poniendo más y más morado y cada vez lo hace más rápido, su respiración va a la inversa; a cada momento va más y más despacio. El silencio va en aumento en la habitación. Ya no se oye nada salvo el leve respirar.

Suena el cuco dos veces y en medio de ambas mi padre exhala su último aliento. Un grito unísono de todos los que estamos en esa habitación recorre la casa. Los llantos ya son imposibles de aguantar,

nuestro padre y esposo ha muerto. Mi hermana pequeña acaricia la fría y morada pierna, la mayor, boquiabierta y pálida, paralizada, observa con mirada fija la boca desencajada de mi madre sin atreverse a mirar el cuerpo de mi padre. Mi hermano, se apoya en la espalda de mi madre, quien sostiene con una mano la inerte mano fría del difunto y, con la otra, toca la espalda de mi hermana pequeña. Yo, sin moverme del sillón en el que llevo toda la noche sentada observo cómo esas imágenes pasan por mis ojos borrosos y húmedos por las lágrimas que no cesan. Ya no escucharemos más sus consejos, sus quejas hacia su excesivo trabajo, sus alabanzas hacia su mujer e hijos... Es un hecho que esto iba a marcar un antes y un después en nuestras vidas. Nuestro padre era el pilar fundamental en la familia y ya no estará más entre nosotros.

Tras unos minutos en esa habitación, estando todos a su alrededor, consolándonos los unos a los otros y notando cómo el calor que nos había dado mi padre se disipaba, hemos ido cada uno a darle la noticia a nuestra respectiva pareja. Con el grito y el llanto posterior a la muerte estaba clara cuál era la noticia pero necesitábamos consuelo.

Nada más abrir la puerta del cuarto en el que se encontraban dichas parejas he visto seis ojos llorosos y llenos de impotencia y desconcierto y dos ojos, los de Diego, que no entiendo muy bien qué estaban intentando transmitir. Él estaba junto a la ventana del cuarto hablando animadamente por teléfono y, nada más entrar por la puerta, he visto cómo se despedía cariñosamente con un "luego nos vemos que tengo ganas y te cuento" y agachaba la cabeza. Al ir a buscar su abrazo y su mirada de consuelo, es cuando he visto que no era igual que los seis ojos anteriores. Por una parte parece cansancio, es normal, ha estado toda la noche trabajando pero a la vez, si estuviera cansado de verdad, no habría ido después de trabajar a desayunar, y mucho menos si estaba mi padre ya en las últimas. Pienso que en el fondo, por mucho

que diga él lo contrario ni mi padre ni yo le hemos llegado a importar para tanto viendo los acontecimientos que fueron sucediendo después y lo que llevaba una temporada haciendo.

No entraré en más detalles pero las horas sucesivas de tanatorios, papeleos varios, pésames de la gente, etc. he de reconocer que Diego ha estado muy frío. En ese momento he pensado que era porque a él también le había afectado lo de mi padre (de hecho siempre había dicho que quería más a mi padre que al suyo propio), ahora que estoy en la cama ya y tras pasar dos días digiriéndolo todo, lo veo diferente, creo que estaba ahí porque había que estar y punto. No paro de pensar con quién estaría tan animadamente hablando en un momento tan duro pero creo que ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que en el vacío que siento. Es algo imposible de describir con palabras, no existe algo que defina bien la sensación que ahora mismo tengo, me siento muerta en vida.

Creo que hoy es cuando he empezado a ser un poco más consciente de todo lo que estaba ocurriendo. Había estado tan concentrada en los cuidados de mi padre que no había cogido perspectiva de lo que estaba sucediendo (algo que es muy importante cuando ocurre un problema, hay que intentar coger perspectiva; distancia, para verlo desde fuera y así dar con la solución) y no me había dado cuenta de lo que había ocurrido realmente. Es ahora cuando deseo que todo hubiera ocurrido diferente. Me doy cuenta de que he perdido la fe, que ya no creo en nada ni en nadie, es un sin sentido, en algo hay que creer o tu existencia se vuelve vacía pero, ¿cómo voy a creer en un Dios o en alguien que manda y que sea bondadoso si se ha llevado precisamente a alguien bueno de este mundo? Una persona trabajadora, que quería a todos los de su alrededor, que siempre

estaba dispuesto a ayudar, que se había caído mil veces pero mil una se había levantado... Trato de buscarle un porqué a lo que ha ocurrido.

Esta tarde, en el cementerio, nos encontrábamos Diego, yo y Amalia, una chica muy guapa que trabaja en el mismo bar que Diego, hablando y se ha acercado un chico del pueblo. Diego ha dicho que había quedado y se ha marchado con Amalia y yo me he quedado con ese chico; al verme la cara tras darme el pésame me ha dicho:

- Si te tiraran ahora un jarro de agua fría ni te enterarías, ¿verdad?

Y he contestado sin dudar que no y es que ha dado en el clavo. Creo que aún estoy en shock, ni siento ni padezco. Soy un cuerpo que camina sin una dirección fija, donde le lleva el acontecer de los hechos, que responde a las preguntas de qué tal está sin pensar en la respuesta; soy como un robot por cuyo circuito corre sangre pero que ni si quiera está caliente.

Si te ha gustado y quieres el libro completo, lo podrás adquirir en librerías en breve y en plataformas digitales. Pero si prefieres asegurarte tu ejemplar para reservarlo es suficiente con ingresar 17€ en el siguiente nº de cuenta: ES10 2100 5008 1121 0018 9204 (en "Concepto" hay que poner el nombre de la persona que hace el ingreso). Por el hecho de hacer tu reserva en lugar de comprarlo anticipadamente obtendrás un obsequio de manos de la autora a cambio

El ejemplar lo podrás recoger el día de la presentación. En caso de no poder acudir a dicha presentación llama al 660542932 y se te hará llegar de la forma más cómoda posible. Gracias por hacer que "En un segundo tu vida cambia" sea una realidad.